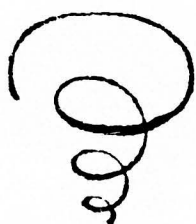


LA
FAMILIA



Nº 14

DEL
PROSCRITO.



IMPRENTA DE ECHEVERRÍA H.^s

BOGOTÁ: 1856.

Los artesanos les han respondido : “ Si no pudisteis engañarnos cuando no os conocíamos ¿ cómo podremos seguiros despues de que nos habeis perseguido, i de que habeis sacrificado a nuestros compañeros? ”

EL PORVENIR, número 34.

Publicamos hoi un cuadro de historia doméstica contemporánea, delineado, con lágrimas i sangre de artesanos de Bogotá, por la mano de uno que ha tenido corazon para penetrar en el abismo de miserias que ha sumerjido a los hijos del pueblo, víctima de las arbitrariedades que en vano quisieron evitar los que esperaban castigos legales para los positivamente culpables i conmiseracion para los estraviados.

El fondo de la narracion es verdadero, terriblemente verdadero : los nombres propios i algunas circunstancias secundarias, no mas, son ideales.

Levántense ahora los fariseos, los escribas, los publicanos i los sayones de este país, i atrévanse a dirigir palabras melífluas i aduladoras a los artesanos, a la tribu que tenian i tienen marcada con la señal de su abominacion para ir tomando de allí sus víctimas como de un rebaño predestinado al sacrificio.

¿ Imaginan ellos que el pueblo-obrero es tan olvidadizo que puedan presentarle hoi trastrocados i

adulterados los hechos de ayer, i hacerle creer que el brazo que lo azotó hasta henderle las carnes i descubrirle los huesos es un brazo amigo?

Farsantes! a vuestras declamaciones insidiosas contestamos con la historia. Tomad, pues, esa copa que llenásteis de hiel i vinagre para que el pueblo la apurase : teneis que tragar las hezes que aun contiene. Los tiempos han cambiado!

LA FAMILIA DEL PROSCRITO.

I

A fines de 1838 notábase en la calle de los Plateros (nomenclatura antigua) un taller de novedad ; taller revolucionario, que eliminaba el bastidor, el fogon, la tosca mesa, tal cual imájen de San Martin i del Hijo pródigo, i reemplazaba estas vetustezes con un tren casi elegante : perchas de vistosa forma, cargadas de vestidos *dernière mode de Paris*, sedas, paños, espejos ; en fin, una completa novedad, ora se atiende a la época, ora se note que si la gran muestra que se exhibia en la fachada no espresara que aquel local era una sastrería, apénas podría presumirse tal cosa : bien es que allí estaba Antonio, quien revelaba en su porte i ocupacion un oficial del arte, hecho i derecho.

Antonio frisaba en sus veintidos años ; sus facciones, de esquisita regularidad, dejaban presumir que era de un orígen, como se dice, *decente*; palabra de terrible significacion, por cuanto provoca la malicia a aventurarse en conjeturas que comprometerian a mas de una *señora*, a mas de un *caballero*. Antonio gastaba dorman, pantalon, a veces todo de paño ; empezaba a traer el pelo sacada la *raya*, o si se quiere, la *carrera* ; ruana de ancha abertura que dejaba ver una camisa fina, bien aplanchada, i una corbata algo estrafalaria. Diríase de él que a poco andar i con otra educacion, i modales de buena sociedad, habria podido pasar por un atildado lechuguino ; o en otros términos, creeríase de él que fuese un cachaco, ángel caído de un salon a la profundidad de un taller, si es que un cachaco puede llegar un dia a abrazar un oficio, sin sentirse lastimado en su vanidad que lo trae espuesto a mas de un desliz.

Bueno es decir que Antonio era huérfano desde temprana edad. Una tia cuidó de sus primeros años, lo mantuvo en la escuela, en donde aprendió lo bastante para « leer en romance en ocho meses, » i poner su firma al pié de una obligacion. Cuando rayó en los trece años, su tia lo puso en el oficio, i en él fué pelechando hasta hacerse un oficial, capaz de ganar un pasable salario, i darse su corto tono. Así era que Antonio escitaba las simpatías de sus camaradas, quienes lo cortejaban, i solicitaban su amistad,teniéndolo por el principal compañero en sus francachelas,

como un denodado campeon en sus querellas, i como un oráculo en sus doctrinas. Porque es de saberse que por aquellos tiempos Antonio figuraba ya en la « Sociedad democrático-republicana de artesanos i labradores progresistas de la provincia de Bogotá, » de la que era Presidente el malogrado cuanto distinguido artista *Eugenio Sálas*, i en la que tenia asiento *Francisco Londoño*; nombres queridos que la amistad nunca olvida, cuando evoca recuerdos de decision i patriotismo. Antonio empezó entónces su educacion republicana: su intelijencia despejada comprendió que él tenia derechos, no ménos que obligaciones, como ciudadano: acaso una ambicion lejítima le dejó entrever que, cultivando su entendimiento, manteniendo sus buenos hábitos e inclinaciones, ganando por entero un buen porte social, él llegaría un dia a hacer viso en una asamblea, merced a sus opiniones, i realizar en él la idea de una República de todos para todos. Hase dicho que intrigantes políticos fueron a buscar en las masas populares, un apoyo para sus aspiraciones. Tal solicitud habria sido absurda si esas masas no fueran las llamadas a ejercer un poderoso influjo en nuestra manera de ser social; lo que importa es que esas masas no se perviertan con los funestos errores de un desacreditado *comunismo*. Pero desde el momento en que a esas masas no se inculque sino el derecho a la participacion lejítima i honrada en la administracion de la cosa pública, la enseñanza democrática viene a ser de necesidad. Si no quereis la intervencion pazífica,

honrada i decente de esas masas en la cosa pública, eliminad las palabras *República, Nacion, Ciudadano*, i poned *Monarquía, Dominio, Vassallo*, i nos entenderemos.

Dispénsesenos esta breve digresion, que no estará por demas cuando se trate de comprender que Antonio tenia desde entónces lo que hemos dado en llamar su *opinion*.

¡Ai! Tambien tenia otra *opinion*, ardiente, arrebatadora, que arrastra i subyuga, que lleva tambien a la desesperacion i al crimen. Antonio columbró un dia, por entre la reja de la ventanilla de una pobre casita, en la calle del « Arbolito, » un par de ojos, negros i brillantes como luzeros, de dulce i lánguido mirar, pestañas, que los guarnecen como sutil cortinaje, cejas que figuran arcos, como adornos para realzar una frente espaciosa i pura en sus contornos, todo para coronar un palmito que haria delirar a un anacoreta, amen de dos bandas de rizado pelo, que encuadran aquel conjunto de arrobadora gracia, de expresion tierna i amorosa. La otra *opinion*, de que hablamos, nació en Antonio a la vista del rostro de la jóven que acabamos de diseñar. Ver ese rostro, sentirse conmovido de amor, presa el corazon de un afecto cual nunca otro habia abrigado su seno, todo fué obra de un instante. Pasar de este estado al de emprender una conquista, tanto mas árdua, cuanto que la causadora de aquel incendio se hallaba a cubierto de sorpresas i asaltos, fué cosa que Antonio acometió desde luego.

Con efecto, dias despues, él sabia ya que la niña

de los bellos ojos era tambien, como él, huérfana. Ese ídolo se llamaba Gabriela : ¡ bonito nombre ! Como él, era pobre, pero criada con recojimien- to, habituada a la rutina de su anciana madrina, su único apoyo sobre la tierra, i que al dejarla, la transmitiría, junto con la anticipacion de leccio- nes de laboriosidad, economía i aseo, el reducido ajuar de su estrecha estancia. Más habia visto i sabido Antonio, i era que el cuerpo de Gabrie- la se levantaba como la palmera, se gallardeaba como el de una reina ; las enaguas flotantes se plegaban i desplegaban al andar airoso de su dueño : la negra mantilla realzaba el color de perla del susodicho rostro, ligeramente sonrosado. ¿ Qué mas ? Su pié breve i limpio mas bien que apretado, parecia dominar el riguroso zapato de cordoban. Tantos atractivos, tanta seducccion, ha- brian rendido el ánimo de Antonio ; pero los ze- los i la desconfianza vinieron a apresurar su re-olucion. Gabriela habia sido requerida de amo- res por Felipe Ruiz, artesano por el estilo de An- tonio ; mas otro amor, frivolidad e inconstancia lo habian llevado a otro cortejo ; i Gabriela que- ria vengarse de su abandono, i Antonio temia una recaida amorosa de su veleidoso rival. No ha- bían, pues, trascurrido dos meses, cuando una fresca mañana del mes de enero de 1839, el cura de las Niéves daba la bendicion nupcial a Anto- nio i Gabriela, quienes en el cofmo de la dicha vieron deslizarse la luna de miel, al lado de la buena anciana amparadora de la doncella.

Nuestros lectores recordarán la contienda civil

que por aquel año estalló en el país, i la recordarán tanto mas, cuanto que, aparte de las sangrientas catástrofes que trajo consigo, dió ocasion a que se formaran ciertas notabilidades, sobre la ruina i muerte de otras. En ese año tambien Gabriela perdió a su madrina, penalidad que el cielo quiso mitigar con darle, en premio de su casta union, una niña, jentil como su madre, alegría i esperanza de su padre. Las pasiones políticas se calman i refrenan a la vista de una esposa idolatrada i de un ángel en la cuna. El ardoroso tribuno, el paladin de los motines, el arrebatado escritor, bajan el tono al recuerdo de aquellas prendas del corazon. Antonio no era ya el exigente demócrata, no era el osado provocador de los enojos del poder : era simplemente un oficial de guardia nacional, llamado al servicio activo. La nacion se levantó en masa para protestar contra una administracion que, tras un oríjen vicioso, se puso a merced de aspirantes diestros en intrigas, i se dejó avasallar por el miedo. El partido liberal, impaciente e insubordinado, quiso dar un paso mas en sus aspiraciones, i se precipitó en una lucha inconsiderada. Antonio vió con amargura los descarríos de los suyos, i a su pesar, fué a vencerlos en Tescua, ántes que violar el juramento de fidelidad, ántes que faltar al honor.

II

Antojósele al “ Duende de Bogotá ” bosquejar, con brocha gorda, el tipo i costumbres de los artesanos de esta célebre ciudad, con lo cual tuvimos,

sin saber por qué, picados a los tales artesanos, i dando en la flor de que querian instruirse, hasta ilustrarse, para que no se les tuviera por autómatas i agentes pasivos de los que pretendieran manejarlos a su capricho. No hai para qué ir a buscar a otra parte el oríjen de la "Sociedad democrática," que tanto ha dado que decir a los que, a pesar de sus males artes, no pudieron oponerle la raquítica "Popular," de recuerdo lloroso. Antonio volvió a encontrar sus filas, i siguió las corrientes de la época, mas como un hombre de fe en sus principios, con amor a su antigua bandera i con la esperanza del reinado cumplido de la libertad, que empeñado por el ardor de la lucha, por la exaltacion del triunfo. Crédulo como un patriota, confiaba en que al fin los proletarios cobrarían, a fuerza de práctica, de útiles lecciones, el puesto que un dia vendrán a ocupar, cuando sepan el valor de un voto libre, concienzudo i desinteresado. Ni lo arredraban las tempestades de la democracia, mirando siempre al abrigo del puerto, que para él consistia en el adelantamiento de una sólida instruccion, en el amor al trabajo, en la igualdad de derechos i en el respeto a la propiedad, la persona i las opiniones de los demas. En la "Sociedad" era considerado Antonio por sus modos atentos i respetuosos: sus camaradas lo acataban en atencion a su probidad i valor; i los que al seno de esa "Sociedad" fueron a atornarla con discursos, con peroratas republicanas, miraban en Antonio un patriota formalote. Ai! que en el dia del infortunio de nada valieron a

Antonio tantas cualidades honorables, tantas virtudes encubiertas bajo su ruana !

III

El 17 de abril de 1854 estallaba esa mina en la que todos los partidos, decimos mas, todos los hombres, habíamos depositado un combustible. Cuando el historiador, con mano segura, intente descomponer aquel hecho, i quiera señalar a cada personaje, a cada partido, la parte de responsabilidad que de él le quepa ¡ guai ! si los que se reputan ahora incólumes aparecerán entónces cubiertos de lodo ! Hoi por hoi, los vencidos solo son los culpables. Por fortuna, el fragor de esa mina no hirió a los circunstantes. Los daños que ella debia causar vinieron mas tarde.

El dia citado, Antonio formaba al frente de su compañía como capitan de ella. Al caer el sol de aquel dia, Antonio tomaba asiento, en su casita del “Arbolito,” entre Gabriela i su hija Rosita, fresco pimpollo de los quince abriles.

—¿Qué ha habido, Antonio ? Nos has tenido sin vida.

—Todo está perdido. Pensamos salvar la ciudad i la República de ese estado de confusion en que el Congreso pretendia gobernarlo todo : el Gobierno quedaba sin funciones i sin respetabilidad : el rico temblando por su plata, los militares por sus pensiones, nosotros por obra, i las beatas por la relijion. Nos hemos llevado chasco : el Presidente Obando no ha querido ponerse al frente de nosotros : está preso con sus Secretarios, i

¡Dios sabe en qué vendrá a parar la revolucion !

—Pero, Antonio ¿quién te manda meterte en esas revoluciones ? ¿Quieres dejarme otra vez sola, que me quede temblando por el instante en que me vengan a decir que ya te mataron ? ¿Has olvidado los pesares i las penurias que pasé cuando te fuiste al Norte, el año de 41 ? ¿Qué vendría a ser de nosotras si por desgracia llegaras a faltarnos ?

I Gabriela prorumpió en sollozos, i Rosita dió rienda suelta a su llanto.

—¡Qué quieres, hija ! respondió Antonio. Los hombres tenemos compromisos a que no podemos faltar sin deshonorarnos. La revolución se ha hecho en nombre del pueblo, del ejército i de la guardia nacional, i hemos proclamado reformas i la reunion de una Convencion, a ver si al fin podemos vivir en paz.

—Pero, si se levantan algunos a defender al Gobierno, si hai guerra....

—Nos batiremos, i triunfará para siempre el partido liberal, porque los gólgotas recobrarán el juicio, i los conservadores concluirán por redimir censos, hacer negocio i rezar eternamente.

Una sonrisa de resignacion asomó a los labios de Gabriela. Rosita creyó que todos los peligros que juzgó amenazaban a su padre, estaban conjurados : que otro dia veria la parada, i en ella, formando, a Miguelito, aquel apuesto oficial de carpintero, hoi teniente, buen mozo i que lleva mui bien el uniforme, i que....

Una hora despues, Antonio abrazaba a su mu-

jer, imprimia un beso en la frente apacible de su hija, i tornaba a su puesto, luchando en vano con los mas funestos presentimientos.

IV

Mas de una vez Antonio habia escuchado promesas halagadoras, consejos oportunos, para que abandonara las filas del batallon de i pasara al ejército constitucional. No se le ocultaba el jiro bastardo que los hombres de la revolucion le imprimieron en su desarrollo. En fin, las provincias habian sacudido su indecision, i tomaban parte en el restablecimiento del Gobierno, llevadas, ora del desengaño, ora de ponderadas relaciones de latrocinios, violencias i cuanto crimen inventó la calumnia, provocada por los que, tras el triunfo probable del Gobierno, entreveian el triunfo de su partido, el logro de una colocacion, los beneficios de una contrata, i lo que de sí suele dar una ciudad tomada a sangre i fuego. La misma esposa de Antonio le suplicaba se salvase, i su amor i su deseo le sugerian medios para que dejase las lecciones revolucionarias. Aquel se mostró siempre inflexible, resignado i paciente—Cómo! decía a su esposa, abrazar voluntariamente una causa, jurar defenderla, i el dia del conflicto volverle la espalda e ir a buscar el perdon i la salvacion a los piés del enemigo! ¿Qué dirian de mí? Sucumbiré, pero fiel i leal, que así la desgracia tambien honra.

El 4 de diciembre la bandera nacional flameaba triunfante cabe la estatua de Bolívar. Una vez mas el Gobierno lejítimo, herido, bien por los esbirros de aquel héroe, bien por la impaciencia de los partidos, bien por desautorizados revolucionarios, recuperaba su trono. La Constitucion i las leyes volvian a imperar, a ser guardadas i cumplidas, libres ya de esas premiosas estrechezes, a cuyo favor un Jeneral pronunciara, en otro tiempo, el atentatorio e injustificable propósito de “a vias de hecho, vias de hecho.” Los culpables, pues, iban a ser penados, escarmentados, “con todo el rigor de esas leyes,” como acertó a decir otro Jeneral.

Antonio, que habia lidiado como bueno en Bosa i Tres Esquinas, habia mandado la última descarga, cuando ya las campanas de la Catedral proclamaban el triunfo de las huestes constitucionales. Habia entregado su espada al bizarro Jeneral Mendoza, i esperaba en el Colejio de San Bartolomé su postrer destino. No tenia sobre su conciencia la comision de un hecho innoble que le obligase a esconder la cara. Sus errores, sus extravíos políticos, su denuedo mismo, le aparejaban, es cierto, una pena. Entónces Antonio comenzó a entrever el destierro, i por primera vez se le oprimió el corazon al pensar en la suerte de su esposa e hija.

Ai ! tambien entónces le laceró el corazon la arpía de los zelos ! La imájen de Felipe Ruiz

cruzó por su mente, como un demonio perseguidor que venia a burlarse de su infortunio. La memoria de ese hombre habia anublado, de vez en cuando, los dias serenos que Antonio se prometiera pasar al lado de su esposa. Gabriela habia amado a ese hombre, i a pesar del curso de los años, la idea de ese amor solia traerlo desabrido. No pocos sinsabores le despertaba, en el seno de los mas puros gozes, la memoria de que Gabriela hubiera sido amada por otro. ¿Qué iba a ser de Gabriela, sola, desamparada, al alcance de las solicitudes de ese odioso rival?

“Pero no! se decia Antonio: yo soi un artesano, que si alguna celebridad llevo conmigo, es la fortaleza en mis opiniones. Yo no provoqué la revolucion, yo no la preparé ni la hize: no he sido cabezilla: seguí su curso sin mancillar mi honor: me he batido: he aquí mi delito. ¡Somos tantos! ¡La mayor parte padres de familia! En fin, escojerán, que siempre hai entre quiénes escojer, i mi conciencia me dice que habrá induljencia para mí.

VI

Bajo segura escolta, marchan como cien individuos, muchos de ellos de los llamados “democráticos,” i muchos otros que nunca pisaron los umbrales de aquella “Sociedad.” Van a ser presentados ante una junta que, a falta de nombre legal, la llamaremos de “Purificacion,” en memoria de aquel célebre tribunal inventado por los godos *pazificadores*. No hai proceso: todo pasa verbal-

mente. Hai delatores, acusadores, testigos, ménos defensores. El presunto reo da un paso al frente: los *juezes* lo examinan de piés a cabeza (exámen ocular; se entiende) : luego dirijen una mirada de consulta a los espectadores : uno o mas de estos corresponden con un signo de intelijencia, i los *juezes* escriben el nombre del presunto reo en la lista fatal.

Tocóle su vez a Antonio. De un paso se puso al frente de los calificadores. Ruiz tambien estaba allí, en calidad de antiguo democrático, justificado constitucional, por haber transmigrado a las fuerzas del Gobierno, i perito *ad hoc* en tan augusta ceremonia. Una mirada de ira, zelos i profundo rencor, se cambiaron los rivales. Ruiz hizo un ademan mui espresivo a los *juezes*, i el nombre de Antonio fué inscrito en el funesto inventario. No de otra suerte se escoje, a la puerta de un corral, la bestia que ha de ser conducida al matadero.

¡No se olvide esto nunca! Ha habido en Nueva Granada un Vicepresidente, encargado del Poder Ejecutivo, que ha sometido a centenares de *ciudadanos* a escojer entre aceptar un indulto, con condicion de pasar a servir de soldados en las mortíferas rejiones del Istmo; o ir a Panamá, a ser juzgados allí. Nada importa que esté o no averiguada la perpetracion del delito, i escrita la prueba del que lo cometiera. Los célebres decretos que autorizaron esta atroz violencia dan por razon que el dia 19 de diciembre de 1854, no existia en Bogotá fuerza pública que al-

canzase a custodiar tantos reos. ¡Reid ahora, compatriotas, de esta cínica burla de los derechos de los granadinos! Pero ¡ah! los que así partieron para Panamá son guaches, jente de ruana. ¡Ah, democracia, democracia! La democracia en Paris la representa la blusa; por eso se la deporta para Cayena: en Madrid, la chaqueta; por eso se la deporta a las Baleares o a las Filipinas; en Bogotá, la ruana, por eso parte maniatada para Panamá: las fórmulas están por demas cuando se trata de esa jente, i gobiernan los conservadores.

VII

Gabriela ya no tiene esposo, Rosita ha quedado sin padre. Despues de haber vendido, con las pocas alhajitas, hasta los trastos mas precisos de su triste ajuar, para hacer un bolsillito para el proscrito, siguieron con él hasta el Aserradero, i allá recibieron el ADIOS postrero i los últimos consejos del padre desventurado!

Gabriela se redujo a habitar con su hija el ennegrecido recinto de una estrecha tienda. Un dia, de esos dias de horror que atraviesa el pobre que no ha llegado un pedazo de pan a la boca contraida i desecada por el hambre, pasaron a la puerta de la tienda Ruiz i Miguelito. Gabriela quiso cerrar el paso, pero ellos se insinuaron con que traían nuevas de Antonio. A este anuncio la madre i la hija franqueron la entrada, i el corazon a la esperanza, i se dispusieron a recibir las noticias. Aquellos dijeron que una balsa, cargada de

proscritos, a guisa de cerdos, se habia desbaratado en el Magdalena, i que con escepcion de siete, los demas habian perecido : en ella iba Antonio, *i se decia* que se habia ahogado. Imagínese el dolor de las infelizes, ya que nosotros nos sentimos incapazes para describirlo.

Pasaron seis meses sin que madre e hija pudieran cerciorarse de la verdad ; i entre tanto Ruiz i Miguel no escaseaban las visitas, ni los obsequios, ni las pérfidas aserciones acerca de la muerte trágica de Antonio. Ni ¿ qué medios tenían las desgraciadas para averiguar la suerte del ausente, cuando este, por su parte, yacía en el hospital de Panamá, presa de una fiebre devoradora, que en vano luchaba con una constitucion atlética i un valor indomable ?

El dolor da treguas, cuando no mata de repente: tambien el corazon de una viuda despierta a la voz de la gratitud, así como el de una jóven cede al amor del hombre que aun finja idolatrarla. Ruiz no habia cesado de prodigar esos cuidados que tanto se estiman, cuando el que los recibe es víctima del hambre, la desnudez, i la absoluta carencia de medios para subsistir. Con estos favores venia envuelto el recuerdo de un primer amor; el cuadro fantástico de la dicha que hubieran apurado, si Gabriela no hubiese acordado su mano al preferido: la seguridad de un futuro enlace, si, como se aseguraba, Antonio habia dejado de existir. ¡ Cuántos motivos de seduccion no acosaron a la infeliz Gabriela ! Tras de la caida de la madre, era preciso que la des-

honra de la hija viniera a completar este cuadro de desolacion. Gabriela iba a ser madre por segunda vez, i Rosita habia huido con Miguel.

VIII

La Nueva Granada ha presentado un hecho singular, con el desenlaze de su última revolucion política. Los que sucubieron el 4 de diciembre han pasado en Bogotá por todos los rigores de una prision, dirigida por un cómitre sin entrañas, i bajo el réjimen que un personaje, que traza mapas, redacta memorias, proyecta ferrocarriles, no se desdeñó escribir i autorizar. Mas allá de los confines de la provincia de Bogotá los complicados en la revolucion han sido tratados con benevolencia. Es que con la independencia del poder municipal, los gobernadores han ganado en dignidad, para no rebajarse a ser los agentes de un gobierno, que pudo i debió perdonar, con tino i medida, ántes que ostentarse desapiadado con los miserables, vengativo con sus enemigos, flexible i complaciente con los que algo valian.

Cuando se puso en planta el acto legislativo que creó el Estado de Panamá, los infelizes que allí habian alcanzado a sobrevivir, a pesar del clima, la miseria i el dolor, quedaron esentos de toda supervijilancia, merced a los gobernantes de aquel Estado. Bien habrian querido permanecer en aquella comarca, al abrigo de sus nuevas instituciones; mas el ahinco de volver a respirar el aire de la tierra natal, i confundirse en el seno de los séres que se aman, ahinco mayor en el corazon del proscrito,

los determinó a cojer camino para su patria. Así se fueron poniendo en via, hoy uno, mañana otros; reposando de día, i caminando de noche, para salvar de las pesquisas de los conservadores del sur, no ménos que evadir el decreto ejecutivo que les cerraba de nuevo las puertas de la provincia de Bogotá.

Volvamos por última vez la vista sobre Gabriela.

Encerrada en su triste tienducha, abandonada de su hija, presa de encontrados sentimientos, la memoria de Antonio, el amor de Ruiz, todo hace de su existencia un tormento insoportable. Poco a poco comienzan a faltar las visitas de Ruiz; este se muestra ménos solícito; fastidiado, pesaroso, alarmado, apénas permanece a su lado breves instantes. De repente Ruiz le anuncia que va a partir, pretestando una comision urgente. Casi simultáneamente, i como a escondidas, Gabriela sabe que uno de los confinados a Panamá acaba de llegar, i que por precaucion se mantiene oculto.

Una noche a deshora llaman a la puerta, i Gabriela completamente sobresaltada, apénas articula un "quién es?"

—Yo, contestó uno en voz baja, i mas bajo aun dijo, "Medina, el sarjento Medina."

« ¡Dios mio! ¡Estoi perdida! » Balbuceó Gabriela; i sin aliento, convulsa i vacilante se precipitó a abrir la puerta luego que se cercioró de la identidad de la persona que llamaba.

— ¡Usted por aquí, Medina! Cuándo ha llegado; cómo ha sido esto qué es de sus compañeros . . . ñeros.

—*Misia Gabriela*, he llegado hace seis noches (los prófugos no cuentan por días) : mi capitán me encargó que tan luego como yo llegara, tratara de averiguar por U. i le dijera los trabajos que hemos pasado, por esos caminos i esos mares, i tantas cosas. . . .

A la una de la noche Medina se retiraba de la tienda de Gabriela, no sin haber notado que la niña no estaba allí ; que Gabriela ocultaba lo que sus facciones alteradas revelaban sin remedio. « ¡Mi pobre capitán ! iba discurriendo Medina, cuando marchamos no me hablaba sino de su hija, de su esposa. Cuando tomábamos juntos la ración de hambre, mas de una vez, él, tan jaque, dejaba caer la galleta, se le oprimia el pecho, se le anudaba la garganta, i asomándosele unos lágrimas, medio pronunciaba los nombres de su mujer i de su hija, para venir ahora a hallarse. . . . ¡ Pobre capitán ! »

IX

En medio del reducido espacio de la tienda de que hemos hablado, yace el cadáver de una mujer. Las caritativas personas que la velan, han oído al médico, que investigaba por los restos de la poción que tomara la paciente, en vista de estos, exclamar : ¡ Envenenada !

En un extremo de este cuadro está de pié, recostado a la pared, i con el embozo hasta los ojos, un hombre, de cuyo pecho parten hondos suspiros, de cuando en cuando solloza, i luego como si formulara votos de maldición i de venganza.

za. Ninguno de los que acompañan el cadáver le ha conocido, i aun ha rehusado el refrijerio que se le ofreciera. Oraciones, pláticas piadosas, conversaciones familiares, en las que han jirado los nombres de Antonio, Gabriela, Rosita, han ocupado las horas lúgubres que ha durado aquel velorio.

El sonido lamentable de la compaña de San Francisco anuncia el toque del alba. El día va a venir i el proscrito tiene que asegurarse en su asilo solitario. El hombre del embozo cae de rodillas al lado del cadáver; se inclina i estampa un beso sobre aquellos yertos labios; i parte precipitadamente dejando a los concurrentes confusos i aterrorizados.

Un instante despues se oye una voz entrecortada que desde la calle esclama :

¡Adios, Gabriela!—Yo te perdono; pronto nos reuniremos !!!

X

¡He aquí vuestra obra, *Ciudadano José de Obaldía*, i la de vosotros ¡conservadores! que acertásteis a esplotar la vanidad i el miedo de aquel tránsfuga !

¡Vendísteis la amistad, traicionásteis la bandera liberal, e inmolásteis a los mismos a quienes precipitásteis a la revolucion !

¡Vuestras víctimas son mui desgraciadas ; pero aun lo son ménos, porque creen que para vos hai el infierno !